



Ubaldo Dzib Can

kisteil@hotmail.com

Centro de Investigaciones Histórico-Sociales de la Universidad Autónoma de Campeche, México

DE CAMPESINOS TEMPORALEROS A OBREROS DE CONGELADORAS DE CAMARÓN
EN CAMPECHE, MÉXICO

DOI: <https://doi.org/10.25009/clivajes-rcs.v0i14.2666>

Clivajes. Revista de Ciencias Sociales. Año VII, número 14, julio-diciembre 2020, pp. 60-88.

<https://clivajes.uv.mx/index.php/Clivajes/article/view/2666/4476>

Instituto de Investigaciones Histórico-Sociales, Universidad Veracruzana

Clivajes. Revista de Ciencias Sociales/ISSN: 2395-9495/IIH-S, UV/Xalapa, Veracruz, México

Recibido: 04/07/2020

Aceptado: 20/07/2020

Dictaminado: 01/12/2020

DE CAMPESINOS TEMPORALEROS A OBREROS DE CONGELADORAS DE CAMARÓN EN CAMPECHE, MÉXICO

Ubaldo Dzib Can*

Resumen

En el marco del proceso histórico de surgimiento de la industria camaronesa en un poblado rural de Campeche, a mediados del siglo XX, el objetivo de este artículo es explorar la transformación de sus campesinos de subsistencia en obreros de las congeladoras de mariscos. Para ello, se concentra en la constitución de varios espacios sociales emergentes entrelazados, cuyos procesos de organización de sus relaciones han enfatizado la producción de jerarquías y desigualdades entre los grupos: la organización transnacional de la industria camaronesa, las congeladoras, el sindicato y la participación política corporativa. En esos espacios, los campesinos se fueron constituyendo y siendo constituidos como obreros explotados, sindicalizados dóciles y masas políticas corporativamente disciplinadas. Sus condiciones de desigualdad fueron resultado de procesos de producción y ordenamiento asimétrico de espacios e instituciones promovidos por la formación conjunta del Estado y el capitalismo en la zona.

Palabras clave: Estado, Capital, Desigualdades de clase, Relaciones de poder, Orden social

FROM SEASONAL FARMERS TO WORKERS IN THE SHRIMP FREEZERS IN CAMPECHE, MEXICO

Summary

Within the framework of the historical process of the emergence of the shrimp industry in a rural town of Campeche, in the middle of the 20th century, the objective of this article is to explore the transformation of its subsistence farmers into workers of the seafood freezers. To do this, it focuses on the constitution of several intertwined emerging social spaces, whose processes of organization of their relationships have emphasized the production of hierarchies and inequalities between groups: the transnational organization of the shrimp industry, freezers, the union and corporate political participation. In these spaces, the peasants constituted and were constituted as exploited workers, docile union members and corporately disciplined political masses. Their conditions of inequality were the result of processes of production and asymmetric arrangement of spaces and institutions promoted by the joint formation of the State and capitalism in the area.

Keywords: State, Capital, Class inequalities, Power relations, Social order

DE PAYSANS TEMPORAIRES À OUVRIERS DE CONGÉLATEURS DE CREVETTE À CAMPECHE, MEXIQUE

Résumé

Dans le cadre du processus historique du début de l'industrie crevette dans le village rural de Campeche vers la moitié du XXe. siècle, l'objectif de cet article est celui d'explorer la transformation de ses paysans de subsistance en ouvriers des congélateurs de crevettes. Pour cela, on se centre dans la constitution de quelques espaces sociaux émergents entrelacés, dont les processus d'organisation de leurs relations ont mis l'accent sur la production d'hierarchies et d'inégalités parmi les groupes : l'organisation transnationale de l'industrie crevette, les congélateurs, le syndicat et la participation politique corporative. Dans ces espaces, les paysans se sont constitués et ainsi sont devenus des ouvriers exploités, syndicalisés dociles et masses politiques disciplinées au niveau corporatif. Leurs conditions d'inégalité ont été le résultat de processus de production et rangement asymétrique d'espaces et institutions promus par la formation commune de l'État et le capitalisme de la zone.

Mots clés : État, Capital, Inégalités de classe, Relations de pouvoir, Ordre social

* Doctor en Ciencias Sociales. Profesor-investigador en el Centro de Investigaciones Histórico-Sociales de la Universidad Autónoma de Campeche, México. Contacto: kisteil@hotmail.com.

INTRODUCCIÓN

En las siguientes líneas abordaremos la transformación de campesinos de subsistencia en obreros de las congeladoras de mariscos en Lerma, Campeche, a mediados del siglo XX, con el surgimiento de la industria camaronera transnacional; no priorizaremos, sin embargo, discusiones sobre la conciencia y la lucha de clases, que en muchos enfoques (Marx, 1983-1990; Meiksins Wood, 1983; Bourdieu, 1990) define las etapas de ese proceso de transición.¹ En la medida que ese cambio significó la mutación de un mundo rural basado en la agricultura de temporal, excluido por el Estado-nación y explotado por intermediarios agrícolas de la zona, por una sociedad local industrializada, moderna, pero integrada subalternamente al Estado y a un orden capitalista transnacional, ponemos énfasis en las asimetrías y jerarquías sociales. La pregunta central a la que intentamos responder es ¿cómo se logró incorporar a un pueblo campesino marginado en el Estado-nación y el capitalismo, sin que ello implicara modificaciones a su estatus de subalternidad?

En el tránsito de una forma de vida a otra, las disparidades sólo se han redefinido y profundizado. Quizá debido a su persistencia y aparente universalidad, los enfoques predominantes para el estudio de las desigualdades —tomándolas por dadas— generalmente han puesto énfasis en sus efectos: pobreza, marginación, exclusión; en las mediciones de esas condiciones e incluso en los beneficios que se distribuyen desigualmente y que en la mirada superficial producen asimetrías: ingresos, cargos, estatus, derechos, educación, salud; en otras palabras, han priorizado los resultados de las desigualdades, no cómo se producen, se organizan y pueden hacerse perdurables.

Para comprender cómo un poblado agrícola ingresa a la modernidad e industrialización, cómo se transforma un pueblo rural excluido en otro subalternamente

¹ Quizá uno de los problemas centrales en la concepción de las clases entre varias corrientes de pensamiento es que no han podido romper la poderosa influencia marxiana de la noción dicotómica de clases “en sí” y “para sí”: para Bourdieu (1990), “teóricas” y “movilizadas”; para Meiksins Wood (1983), “clase estructural” y “clase consciente”. En ese esquema, las clases no existen o sólo existen “en el papel”, en tanto no desarrollen una conciencia que las motive a luchar. La clave de su existencia o formación de clase está en la conciencia y la lucha (Meiksins Wood, 1983, p. 5; Bourdieu, 1990, pp. 306-309). Mientras las clases no se movilizan, esos enfoques suponen que los grupos son sólo autómatas que alimentan las estadísticas o las clasificaciones teóricas (Bourdieu, 1990, pp. 284-287). Para movilizarse, los grupos no necesitan tener conciencia de clase —mucho menos esa conciencia de clase “revolucionaria” para transformar el mundo que, en efecto, sólo les puede ser inoculada desde fuera— ni se movilizan sólo para destruir la visión dominante e imponer la suya en la construcción del mundo. En Lerma, los obreros de las congeladoras sólo luchaban por aumento de salarios y mejores condiciones de trabajo, es decir, no para transformar el mundo o disolver siquiera las relaciones de subordinación en que trabajaban, sino para atemperar sus condiciones de explotación. La construcción de grupos para la lucha refiere a un proceso distinto a la construcción de clases sociales: se trata, como analizó Bourdieu (1990, p. 300-309), de la formación de *grupos políticos* que no necesariamente se construyen a partir de la identidad de posiciones sociales de clase, también pueden ser formaciones pluriclasistas.

integrado al Estado-nación y al capitalismo transnacional, ponemos énfasis en problemas de desestructuración y reorganización social. Para ello, es central en nuestro enfoque la idea de Foucault (2004) acerca de las instituciones de gobierno, tanto producto de la fijación de relaciones de poder entre los grupos, como aparatos para producirlas, organizarlas y hacer perdurables las jerarquías resultantes. Las relaciones de poder son institucionalizadas a través de técnicas y dispositivos, aparentemente convencionales, que estructuran el espacio y el tiempo en el que viven y trabajan los subordinados, produciendo de esa manera sus acciones, representaciones y jerarquías: establecimiento de centros de dirección y autoridad; estratificación de cargos y responsabilidades; coordinación de funciones; fijación de canales por donde fluya la información y la toma de decisiones; diseño y distribución jerárquica de espacios; vigilancias, informes, registros, sanciones, membrecías, normas, símbolos, edificios, rutinas (Callon & Latour, 1981, pp. 283-286; Foucault, 2004, pp. 204-206; Comaroff & Comaroff, 1992, pp. 28-30; Sayer, 2002 [1994], pp. 234-238).

Sin embargo, dispositivos similares pueden operar de forma más laxa fuera de las estructuras cerradas de esas instituciones, a través de actividades y políticas a las que, refiriéndose al Estado, Corrigan y Sayer (1985, pp. 44-47) llamaron formas culturales de regulación, las cuales imponen rutinas, rituales, categorías de identidad y modos de organización, que estructuran espacios, prácticas y representaciones de los sujetos sociales (ver también Foucault, 2004, pp. 214-219), es decir, organizan asimétricamente los espacios y producen a los individuos jerarquizados que los habitan; incluso las relaciones de poder pueden incorporarse en objetos de la vida cotidiana aparentemente inofensivos, cuya apropiación, en tanto que son resultado y medios de producción de relaciones de dominación, es capaz de influir en la generación de ideologías y prácticas de desigualdad (Comaroff & Comaroff, 1992, p. 28). En suma, ya sea formalmente institucionalizadas o *de facto*, a través de rutinas, las relaciones de poder coadyuvan a la estructuración de espacios y sujetos jerarquizados.

Una vez estructurados jerárquicamente los espacios en que viven los grupos sociales, todo lo que fluya a través de sus relaciones institucionalizadas o rutinizadas será distribuido en forma asimétrica: ingresos, decisiones, información, derechos, participación política, educación, salud, bienestar, oportunidades, cargos, estigmas, prestigio, etc. En este artículo, en el tránsito de una vida rural a otra industrializada, exploramos aquí la formación de varias de estas instituciones que modelaron espacios de dominio y jerarquización entre grupos sociales; por ejemplo, en Lerma, Campeche, los campesinos y sus hijos e hijas fueron integrados, o se integraron voluntariamente, como

obrerros a las congeladoras de camarón, a principios de los 1950, ofreciendo sólo su fuerza de trabajo a los dueños del capital, del equipo, de la tecnología y de los conocimientos sobre la dinámica del mercado.

Los campesinos se incorporaron a una tecnología organizativa de poder que aseguraba la sumisión de su mano de obra, a pesar de malos tratos, extensas jornadas y bajos salarios. Los nuevos obreros aceptaron inicialmente esas condiciones, porque valoraron el trabajo en las congeladoras como menos rudo y mejor remunerado que el agrícola. Dicha tecnología de poder incluía una estructura jerárquica sobre ellos (patrones, gerentes y encargados), orientada a organizar el trabajo, pero también a evitar distracciones, descuidos, errores, rebeldías y, por tanto, a garantizar la eficiencia del trabajo y la maximización de las utilidades de los propietarios. Todo lo que circulaba en esa organización laboral era asimétrico: los ingresos, la toma de decisiones, la autoridad, el estatus, el trato, las órdenes, los castigos, la jornada laboral.

Esa dinámica definió el inicio de la forma históricamente particular de los procesos, siempre en curso, de formación de clase de campesinos temporaleros a obreros de las congeladoras; procesos inacabados de redefinición de sus relaciones sociales, que los iban distinguiendo de los campesinos aún vinculados a la tierra, disolvían sus lazos asimétricos previos con los acaparadores de maíz y arroz que les compraban la cosecha, y los asociaban de manera subalterna con los empresarios de las congeladoras de mariscos; procesos caracterizados por una integración no pasiva de los campesinos a la vorágine del capital, sino mediada por sus necesidades individuales y familiares, y por sus valoraciones particulares sobre tal integración, de modo que algunos campesinos se emplearon en las congeladoras, pero otros no; y algunos que lo hicieron, por varias razones —una de las cuales destacaremos más adelante— desertaron. Los que se quedaron, cabe decir, tampoco fueron marionetas en manos de sus patrones; hubo diversas formas de resistencia, incluyendo la más elevada: la organización y lucha sindical.

No se crea, sin embargo, que sólo hasta que lucharon los obreros se tornaron en “clases reales”, como han creído Bourdieu (1990, pp. 284-287), Meiksins Wood (1983, pp. 92) y otros, y que mientras tanto sólo fueron “clases en el papel” (Bourdieu) o sólo obreros “estructurales”, pero sin conciencia de clase (Meiksins Wood). Sus procesos de formación “real” como clase comenzaron desde su integración a las congeladoras. En las nuevas condiciones de producción de sus vidas, los obreros se involucraron en dinámicas, siempre inacabadas y perpetuas, de redefinición de las identidades, prácticas, intereses y experiencias laborales que iban tejiendo dentro, y entrelazando con, el conjunto de sus relaciones sociales y tradiciones heredadas (Thompson, 1978, p. 150, cit. por Meiksins

Wood, 1983, pp. 6-7). Aunque las relaciones productivas constituían el rasgo distintivo de las nuevas condiciones de clase de los obreros (en contraste con otras identidades sociales: género, etnia, etc.), sus procesos de formación no se limitaban al ámbito laboral o solamente a la lucha. Esas nuevas identidades y condiciones de vida, en efecto, llegaron a constituir la materia prima para la movilización, pero también para organizar en diciembre las fiestas y novenarios a la virgen de Guadalupe en las congeladoras de camarón, y mucho antes, para construir amistades, noviazgos, matrimonios y parentesco ritual, que también los constituían como clase. En los procesos de formación de sus nuevas prácticas y representaciones sociales, las luchas sólo constituyeron una faceta de sus complejas vidas, también fuera de las congeladoras: en sus grupos domésticos, en la comunidad, en las fiestas tradicionales del poblado, etc. Los grupos no siempre estaban luchando, no en cada momento de su vida ni durante toda ella (Foucault, 1988, pp. 19-20); en las congeladoras, algunas veces luchaban, otras se acomodaban o se resignaban; o mientras unos luchaban, otros permanecían indiferentes o hasta se aliaban con los patrones.

Por todo esto, preferimos hablar de identidad de clase, y no de conciencia de clase en los procesos de formación obrera. La identidad de clase —que puede movilizar no sólo para la lucha— no es producto intencional de dirigencia esclarecida alguna, sino resultado relacional de la articulación asimétrica de grupos con distintas formas de ganarse la vida y vivirla, así como de valoraciones e ideologías construidas sobre dichas articulaciones productivas y, también, sobre el conjunto de sus relaciones sociales. La articulación —y no la lucha ni la conciencia— es una de las primeras condiciones para la producción de identidades de clase y, por tanto, para la formación de grupos con prácticas y culturas de clase. Con la supresión del estatus de “clases en el papel”, cancelamos la comprensión dicotómica de las clases. Éstas son, simultáneamente, resultado estructural y simbólico de procesos y relaciones sociales (Ver nota 1).

Volviendo a las instituciones resultantes, en otra parte (Dzib Can, 2014, pp. 46-53), mostramos que sus espacios jerarquizados, las categorías de grupos producidos y sus relaciones asimétricas habían sido tanto efectos como medios de procesos incesantes de formación recíproca del Estado y del capital; dicho de otro modo, en las sociedades modernas, Estado y capital han constituido las fuerzas motrices centrales de los procesos de formación de instituciones, espacios, ideologías y sujetos con sus relaciones asimétricas (Corrigan & Sayer, 1985, pp. 41-42). En estas dinámicas, crear relaciones jerárquicas, posiciones estratificadas, centros de poder y decisión, flujos controlados de información y distribución desigual de oportunidades, y riqueza social ha equivalido a

ordenar los espacios donde ha transcurrido la vida de los sujetos, dentro y fuera de las instituciones disciplinarias.

En este sentido, los procesos de formación del Estado y del capital han constituido los principales procesos ordenadores en las sociedades modernas, pero –como también han razonado Foucault (2002 [1976], pp. 113) y Law (1994, p. 2) no debe creerse que estas dinámicas han producido un ordenamiento social único cuyas directrices se han impuesto, mecánica e implacablemente de arriba hacia abajo, hasta las profundidades del cuerpo social. Los procesos de formación del Estado y del capital han producido una pluralidad de instituciones, espacios sociales y condiciones para la multiplicación y reproducción de estos procesos plurales de formación, que en conjunto han modelado a la civilización capitalista. Tal cual ha argumentado Foucault (2002 [1976], p. 112), para las relaciones sociales, algunos de esos espacios no sólo han sido anárquicos entre sí en cuanto a su dinámica interna, sino que otros se han traslapado y reforzado, mientras que en otros más, los grupos se han conflictuado por las posiciones de sus instituciones en las jerarquías sociales.

Ahora bien, aunque no han existido individuos o grupos que pudieran controlar la totalidad de espacios de la vida social, desde una perspectiva global puede verse cierta estabilidad en la civilización capitalista, como Harvey (1998) lo entendió. Sobre las condiciones que garantizan la producción y reproducción de la sociedad capitalista moderna, Harvey (1998, pp. 144-146) señaló que un régimen de acumulación, es decir, “la estabilización en un largo periodo de la distribución del producto neto entre la acumulación y el consumo”, ha requerido de un modo de regulación social y política que la hiciera posible. Al respecto, subrayó que los hábitos, las normas, los valores, las rutinas han sido producidos dentro y fuera de las múltiples instituciones disciplinarias de la vida social. Aunque en sus trazos más generales, como resultado, tales modos de regulación han configurado la hegemonía o estabilización de la sociedad capitalista con sus clases y grupos dominantes, en todos los puntos de las redes de ordenamiento disciplinario siempre han existido posibilidades para la resistencia, la rebeldía y los conflictos individuales o de grupo (Foucault, 1988, pp. 19-20). No obstante, como ha señalado Scott (1985, pp. XV-XVI), históricamente ha sido muy infrecuente que las múltiples resistencias individuales o colectivas, dispersas en el espacio social, lleguen a estructurarse ampliamente para poner en riesgo la estabilidad del *estatu quo*; sin embargo, los grupos dominantes tampoco han tenido éxito en extirpar de raíz todo vestigio de inconformidad.

Por ello, Comaroff y Comaroff (1992, p. 30) argumentan que los procesos de construcción de hegemonía siempre han sido incompletos. La presencia permanente de

desafíos —reales o latentes— los hace proponer la coexistencia de espacios o coyunturas de luchas y orden, sistematicidad y contingencia, coherencia y dispersión, cuya interacción proporciona su dinamismo a los procesos sociales. Esta coexistencia e interacción de dinámicas opuestas, permite a Law (1994, pp. 1-2) hablar de procesos incompletos de ordenamiento social, y no de órdenes fijos e inamovibles. Los ordenamientos sociales son dinámicos y se hallan en producción y reproducción constantes, debido a que siempre hay resistencias a su funcionamiento terso.

Esto significa que la estabilización y el orden de la sociedad capitalista han tenido que negociarse incesantemente en variados espacios locales —como en las congeladoras de Lerma, entre obreros y patrones— como translocales, e incluso transnacionales, entre individuos o grupos apoyados en las macroestructuras de instituciones y organismos multinacionales, corporaciones privadas transnacionales e inclusive estados nación. El inicio de la pesca e industrialización capitalista del camarón en la Sonda de Campeche, a mediados de la década de 1940, requirió la presión de inversionistas estadounidenses sobre su gobierno, así como la influencia de éste sobre el Estado mexicano para que permitiera pescar en aguas nacionales a embarcaciones norteamericanas, con sólo abanderarlas como mexicanas. Pero este esfuerzo de ordenamiento impulsado por los intereses de empresarios norteamericanos sólo pudo cristalizar mediante el sometimiento de la resistencia del Estado mexicano, que previamente había ampliado su frontera marina y detenido a todas las embarcaciones extranjeras que pescaban en aguas nacionales, incluyendo las estadounidenses, que eran mayoritarias (Álvarez Aguilar, 2009, pp. 39-46, 52-53, 65-66; Leriche, 1995, pp. 75-79, 83).

El ejemplo evidencia las diferentes conexiones, jerarquías, subordinaciones, intereses y predominios que trazaron un ordenamiento transnacional en torno a la industria camaronera, pero este ordenamiento también fue un proceso de formación de relaciones capitalistas en la Sonda de Campeche que, como veremos, convergió e interactuó con la formación del Estado mexicano posrevolucionario en la entidad. Los procesos de formación recíproca del Estado y del capitalismo coadyuvaron en la producción de instituciones, espacios y grupos locales (centrales obreras oficiales, congeladoras, sindicato, obreros, empresarios), alineados jerárquicamente por intereses políticos y empresariales locales y transnacionales. En resumen, estos procesos de formación hicieron posible la emergencia y desarrollo dependiente de esa industria en Lerma y Ciudad del Carmen, y aseguraron que la riqueza generada, a partir de la explotación del crustáceo y de la fuerza de trabajo en las embarcaciones y

congeladoras, fuera a parar a manos privadas locales y, mayoritariamente, norteamericanas.

Exponemos este proceso en cuatro secciones; en la primera, mostramos cómo, en la década de 1940, el lugar socioeconómico periférico de Lerma era resultado no sólo de los suelos inapropiados en los que se practicaba la agricultura como principal medio de subsistencia, sino, por ello mismo, de sus exclusiones y vínculos translocales asimétricos con agentes del capital y del Estado; en la segunda, exponemos la centralidad de las inversiones norteamericanas en la redefinición del mundo campesino y la construcción de un orden socioeconómico jerárquico transnacional en torno a la industria camaronesa; y, en las dos últimas secciones, abordamos la participación de los obreros, empresarios y diferentes agentes del partido oficial y del gobierno del Estado en la producción de dos espacios de dicho orden asimétrico: el sindicato de congeladoras y la participación política corporativa. Estos espacios de control revelan que no se trataba sólo de una mera explotación económica, sino también de una dominación social y política sobre grupos que eran integrados a procesos de formación del Estado y de relaciones capitalistas.

El trabajo de campo para producir los materiales de este artículo se basó en la recolección de historias de vida y la realización de entrevistas a profundidad a hombres y mujeres de las primeras generaciones de campesinos que incursionaron como obreros a las congeladoras y empacadoras de camarón, en la década de 1950; además, como parte de una investigación en proceso, se ha beneficiado de trabajo hemerográfico y análisis de historiografía regional.

AGRICULTURA Y CAMPESINOS DE SUBSISTENCIA

A principios de la década de 1940, Lerma era un poblado rural indígena de apenas 1 653 habitantes, según el Censo de ese año. A sólo siete kilómetros al poniente de la ciudad-capital, el poblado se levantaba entre verdes colinas de escasa elevación y las limpias aguas del Golfo de México. Las tres principales actividades económicas de su población eran la agricultura de temporal, la pesca artesanal de ribera y la alfarería (Marcial Gutiérrez, 2005, pp. 24, 75-77); la primera constituía el pilar que daba sustento a las familias, las otras actividades eran complementarias.² Mientras, en el

² Un dato revelador sobre la importancia diferencial de estas tres actividades económicas en la vida de los pobladores es que, a fines de la década de 1930, había 781 ejidatarios dedicados a la agricultura (Pacheco López, 1942, p. 21), pero sólo 80 se dedicaban a la pesca y, de éstos, menos de la mitad (30) vivía exclusivamente de esa actividad (De la Peña, 1942, T. II, p. 122),

poblado y el mercado capitalino, la producción pesquera y alfarera estaba destinada, sobre todo, al intercambio mercantil, la agrícola —principalmente maíz y arroz— se vendía, en su mayoría, a los acaparadores de la misma ciudad de Campeche, en tanto que la menor parte se aprovechaba para el autoconsumo y la preparación de la siguiente siembra.

Sin embargo, los campesinos lermeros realizaban sus actividades productivas en condiciones muy precarias: su agricultura era temporalera; nómada, por el uso de la técnica agrícola precolombina de roza, tumba y quema de los montes; se desarrollaba en suelos delgados, pedregosos y secos, poco apropiados para la agricultura, y carecía de apoyos técnicos y económicos gubernamentales. La pesca y la alfarería eran trabajos artesanales con técnicas rudimentarias, demanda muy reducida y competencia de otros artesanos y pescadores, que llegaban a la ciudad-capital para ofertar sus productos. Esta precariedad los llevaba a realizar trabajos complementarios en el campo —elaboración de carbón, recolección de leña, cacería, y chapeo y desmonte—, como jornales para los escasos agricultores medianamente pudientes. También requerían del trabajo productivo no remunerado de sus mujeres e hijos: cría de animales de patio y cultivo de hortalizas en el solar para el autoconsumo; venta de productos de la caza o del “conuco”³ en las calles de Lerma y el mercado de la ciudad, y trabajo doméstico de las hijas en casas de veraneo, en Lerma, de las familias “ricas” de la ciudad de Campeche (G. Puc Can [n. en 1939], exobrera y exdelegada sindical de la congeladora Macorsa; comunicación personal, 15 de mayo de 2019).⁴

La marginalidad de la mayoría de las familias campesinas lermeras dependía no obstante, tanto de sus formas de apropiación del entorno medioambiental árido para la agricultura, como de sus vínculos asimétricos con agentes translocales del Estado y del capital en la zona. En las condiciones históricas de la entidad, durante las décadas de 1940 y 1950, las familias habían estructurado esas conexiones, en primer lugar, con algunas dependencias del Estado intervencionista posrevolucionario en construcción en la zona, cuya presencia aún era débil y fragmentaria;⁵ en segundo, con el mercado de consumo de la ciudad-capital, al que acudían diariamente para transformar parte de los

mientras la mayoría la tenía como complementaria de la agricultura. La alfarería todavía era menos significativa en términos de ocupación, pues sólo dos o tres familias se dedicaban a ella, combinándola con la agricultura (G. Dzib [n. en 1936], excampesino y exobrero; comunicación personal, 11 de junio de 2017).

³ Al igual que la milpa, el conuco es un área de trabajo agrícola; la diferencia consiste en que mientras la milpa está dedicada al maíz en grandes extensiones, generalmente alejadas del centro de población, el conuco es una pequeña área, de una o dos hectáreas, en los alrededores del poblado, dedicada al cultivo de frutas y hortalizas de la región.

⁴ Todos los nombres de los informantes han sido cambiados para mantener su identidad en el anonimato.

⁵ Tales relaciones eran con el entonces Departamento Agrario, para la formación de ejidos y ampliaciones, y con la hacienda pública del gobierno del Estado, que las acosaba para el cobro de impuestos a la producción y comercio de maíz y arroz.

frutos de su trabajo en dinero en efectivo, como principal fuente de ingresos para sus familias; y, en tercero, con acaparadores privados, de maíz y arroz, resabios de la economía agrícola porfirista, todavía no suplantados por el Estado posrevolucionario interventor.

Podemos comprender la naturaleza de esos vínculos entre grupos locales y agentes económicos y gubernamentales, así como las exclusiones a las que dieron lugar, si entendemos a Lerma como parte de la estructura de relaciones entre la entidad y el gobierno federal, en condiciones de formación del Estado posrevolucionario e implementación de su modelo de desarrollo. La postración de la economía de Campeche, durante los años de 1940, en casi todos sus renglones de actividad —excepto la monoproducción chiclera financiada por capitales norteamericanos—, se debía a su marginación de las principales inversiones federales para el desarrollo del país, es decir, a su exclusión del fomento del capital privado nacional, en el campo y las ciudades, por la vía de la industrialización urbana y la modernización de la agricultura, en el marco de la sustitución de importaciones (Dzib Can, 2010, pp. 52-53). Los recursos para el impulso de este modelo fueron canalizados, selectivamente, hacia regiones que garantizaban el cumplimiento de criterios capitalistas de productividad y rentabilidad. Tal política, profundizó las desigualdades socioeconómicas entre las diferentes regiones del país. Mientras el valle de México y algunas ciudades, como Guadalajara y Monterrey, se industrializaban vigorosamente, grandes obras hidráulicas y la agricultura tecnificada —generalmente orientada a la exportación— se fomentaban en el noroccidente del país y en zonas fronterizas fértiles e irrigables (Garza Villareal, 2005, pp. 43-46).

Por lo contrario, en las selvas de la entidad donde subsistía el renglón más dinámico que definía su economía como monoprodutora —la industria chiclera—, las relaciones salariales todavía incluían la tienda de raya, mientras que la agricultura de temporal —la segunda actividad más importante— subsistía con técnicas precoloniales y bajos rendimientos en las únicas zonas pobladas de la entidad, el norte indígena y a lo largo de la costa, donde predominaban suelos delgados y secos, inapropiados para la agricultura⁶ (Dzib Can, 2014, p. 211). En esas condiciones, las oficinas de apoyo administrativo, crediticio y técnico del gobierno federal para el desarrollo de la agricultura no se interesaron en consolidar sus actividades en Campeche, por lo menos

⁶ En tales circunstancias de tecnología rudimentaria, ni la agricultura estaba diversificada. El producto preponderante, casi único, era el maíz, con una producción anual de entre 18 000 y 20 000 toneladas, mientras que el resto, entre los que destacaban frijol y arroz, apenas alcanzaban unas cuantas toneladas anuales (Ibarra, 1942, pp. i-ii).

hasta principios de los años sesenta, cuando finalmente se establecieron en la entidad por gestión de los gobernadores (Dzib Can, 2014, pp. 180-182); sin embargo, en Lerma esas oficinas no tuvieron ningún impacto, pues entonces la agricultura ya estaba en decadencia, arrinconada por la industria camaronera.

Ahora bien, durante la década de 1940, en tiempos de la centralización de las finanzas públicas por el Estado interventor y la canalización selectiva de sus inversiones hacia determinadas regiones, con uno de los presupuestos más bajos a nivel nacional por su escasa población (Uc Valencia, 2003, p. 131), el gobierno del Estado no pudo sino mantener y reproducir las condiciones para una economía anémica, basada en la agricultura de temporal. Las limitaciones económicas del gobierno de Campeche se deterioraron aún más después del colapso de la industria chiclera en 1945, a tal grado que para muchas de sus operaciones administrativas tuvo que pedir el apoyo económico de los comerciantes de maíz de la entidad (Uc Valencia, 2003, pp. 236-238). En otras palabras, la pobreza de Lerma y del estado de Campeche no sólo dependía de las formas culturales en las que se habían apropiado de un entorno natural poco apto para la agricultura, sino también del tipo de subordinaciones y exclusiones que habían estructurado con el Estado y el capitalismo en redefinición en la zona.

ORGANIZACIÓN TRANSNACIONAL Y OBREROS DE LAS CONGELADORAS

En condiciones de debilidad presupuestal del gobierno del Estado y de exclusión del gobierno federal, los procesos de formación social que redefinieron radicalmente las condiciones de vida de la población local sólo fueron posibles a partir de la intervención de fuerzas transnacionales tanto del gobierno como de capitales estadounidenses. Ante la preeminencia nacional de la agricultura y el desarrollo de la industria, la pesca nunca aparecía en los planes de desarrollo e inversión productiva ni del gobierno estatal (Dzib Can, 2010, p. 57) ni del de la República (Leriche, 1995, pp. 75-76). En contraste, la expansión de la industria pesquera norteamericana en los estados del Golfo de México, desde 1938, empujó a su flota camaronera hacia las aguas de la Laguna de Tamiahua, en el norte de Veracruz, y la Sonda de Campeche (Breton y López Estrada, 1989, p. 235). La detención cada vez más frecuente —sobre todo, tras la Segunda Guerra Mundial— de embarcaciones norteamericanas que pescaban ilegalmente el preciado crustáceo en aguas de Campeche provocó que los industriales pesqueros estadounidenses presionaran a su gobierno para que intercediera ante México por sus intereses. Dada la postración de la economía nacional por los efectos de la posguerra, el gobierno

norteamericano concedió al de México un préstamo de 50 millones de dólares y facilidades para el ingreso de braceros mexicanos a su país. Esos apoyos permitieron a Truman, entonces presidente de los Estados Unidos (EUA), persuadir a su homólogo, Miguel Alemán, para que consintiera que las mencionadas embarcaciones pescaran en aguas mexicanas con sólo sustituir sus banderas de barras y estrellas por el pabellón tricolor (Álvarez Aguilar, 2009, pp. 65-66).

De ese modo, en septiembre de 1947 se inició la explotación camaronera comercial, a gran escala, en el estado de Campeche, primero en la Isla del Carmen, y tres años después en Lerma. En Ciudad del Carmen se instalaron las primeras empresas norteamericanas, asociadas con ciudadanos mexicanos,⁷ que aportaron embarcaciones, equipos de pesca y medios de transporte (barcos nodriza y aviones) para la exportación del crustáceo a los EUA (Leriche, 1995, pp. 78-94). Así, el inicio de la industria del camarón en la entidad sólo fue posible a partir del empuje del capital, el equipo y el mercado norteamericano en crecimiento, pues en materia pesquera, hasta la década de 1940, el gobierno mexicano únicamente se había dedicado a formular leyes y a crear algunas instituciones —entre ellas, las de Inspección y Vigilancia de la Marina— tanto para regular la actividad, como para proteger nuestros mares y recursos (Leriche, 1995, pp. 74-75). Incluso el Banco de Fomento Cooperativo (Banfoco), fundado en 1941, había incumplido con su misión de financiar el equipamiento de las cooperativas nacionales (Leriche, 1995, p. 75; Breton & López, 1989, pp. 235, 245).

En Lerma, el primer envío de camarón a Estados Unidos, y con el cual se inició la industria, se despachó el 29 de noviembre de 1950 desde el muelle de San Bartolo (*Diario de Yucatán*, 1950a, p. 8), única infraestructura cercana a la ciudad-capital para el embarque y desembarque marino. Previamente, una de las más importantes empresas norteamericanas en Ciudad del Carmen (*Booth Fisheries Company*, filial en EUA de *General Food Company*) había establecido una sucursal en el poblado (Álvarez Aguilar, 2009, pp. 114), sobre la calle principal, a orillas del mar. Un reportero de un periódico de la época (*Diario de Yucatán*, 1950b) percibió el impacto socioeconómico que ese hecho estaba teniendo en la forma de vida de la población campesina, así como el futuro promisorio de la naciente actividad:

La pesca e industrialización del camarón gigante ha creado una nueva fuente de trabajo en Campeche, singularmente para el pueblo de Lerma, en donde se encuentra instalada

⁷ Julián Carbonell, periodista de la época (cit. por Leriche, 1995, pp. 89-90) sospechaba que los socios mexicanos sólo eran prestanombres de empresarios norteamericanos.

la planta de refrigeración y empaque de ese preciado crustáceo. En ella se ha empleado a numerosas personas de uno y otro sexo, que trabajan en las faenas de descabezamiento y limpieza de los camarones, preparándolos para la empacadora. Se asegura, y así lo informó nuestro colega de Ciudad del Carmen, que vendrán a establecerse a esta ciudad también los [empresarios] camaroneros de ese lugar, por lo que la industria camaronesa será así una de las principales de Campeche (p. 8).

La industria que comenzó en 1950 con una empresa y un primer envío de 30 toneladas de camarón gigante a Nueva Orleans (*Diario de Yucatán* 1950a, p. 8), para 1966 ya estaba constituida por cinco congeladoras⁸ (Galindo, 1967, p. 21) que llegaron a procesar la cuarta parte de las más de 8 000 toneladas anuales que, en promedio, la entidad producía en ese periodo.⁹ Para el manejo de tal volumen, las cinco congeladoras llegaron a ocupar entre 500 y 600 obreros,¹⁰ en su mayoría mujeres, para casi todo el proceso: clasificación, limpieza, desvenado, descabezado, congelado y empaque para su exportación, excepto el desembarque del crustáceo en el muelle y los trabajos de fuerza al interior de las congeladoras, realizados por varones. En 1966, el número de embarcaciones que pescaban ese tonelaje ascendió a 162; éstas ocupaban a más de 600 tripulantes o “camaroneros” —como llamaban los lermeros a quienes realizaban esta nueva actividad.¹¹

Además de esas ocupaciones centrales de la industria, surgieron negocios conexos que ampliaron y diversificaron las oportunidades de empleo asalariado para los habitantes de Lerma y de la ciudad de Campeche: fábricas de hielo, astilleros, varaderos, talleres de mecánica marina, refaccionarias y otros comercios que abastecían a los constructores de naves y equipaban sus unidades (Industria Pesquera del Estado de Campeche 1970, p. 3). Con la emergencia y estructuración de ese complejo de

⁸ Esas congeladoras eran “Booth Fisheries de México” (sucursal), “Congeladora del Golfo de Campeche”, “Isla Camaronera” (sucursal), “Mariscos del Golfo” y “Congeladora y Empacadora de Mariscos de Campeche”. A principios de la década de 1970, esa cantidad se había duplicado. Se habla de diez empresas, sin incluir la penúltima que mencionamos y sobre la cual sabemos si cambió de razón social o desapareció. Las nuevas congeladoras que se sumaron a las anteriores fueron “Congeladora Peninsular”, “Pesca Mar”, “Congeladora de la Sonda de Campeche”, “Congeladora San Rafael”, “Congeladora Corsa”, y una persona física: Ricardo Acuña (Relación de las congeladoras, empacadoras y comerciantes de pescado de la ciudad de Campeche, s.f., Archivo General del Estado de Campeche [AGEC]).

⁹ Cálculos del autor a partir de los datos de Galindo (1967, p. 12; ver cifras en el Cuadro 1).

¹⁰ Esta estimación se basa en la información del multicitado Galindo, quien refiere que las 11 congeladoras de la entidad, en 1966, ocupaban aproximadamente a 1 300 obreros. En la medida que Lerma tenía una congeladora menos que Ciudad del Carmen, podemos estimar que de esos 1 300 empleados, 600 se repartían para el primer lugar mencionado, y 700 para el segundo.

¹¹ El cálculo del número de “camaroneros” que se necesitaba para operar las 162 embarcaciones se estimó a partir del hecho de que se requerían cuatro tripulantes (“patrón”, “motorista”, “winchero” y “cocinero”) por cada unidad de pesca, lo que da un resultado de 648 empleados. Esta cifra se aproxima al número total de miembros de la Cooperativa “Pulperos de la Sonda de Campeche” (614), que el propio Galindo (1967, p. 22) consigna como el total de integrantes de esa única cooperativa, encargada de operar los barcos camaroneros de propietarios privados, en el puerto de Lerma, en 1966.

actividades en torno a la pesca del camarón, Lerma vino a sumarse —durante la segunda mitad del siglo XX— al polo camaronero surgido en 1947, en Ciudad del Carmen, para constituir conjuntamente la nueva monoexplotación que sustituyó a la industria chiclera, como soporte económico de la entidad y nuevo vínculo con el mercado internacional.

De ese modo, impulsadas por agentes económicos y políticos transnacionales, las condiciones de vida y de formación de la población campesina empezaron a redefinirse, radicalmente, desde la década de 1950. Al respecto, aunque los lermeros no fueron marionetas ni autómatas que simplemente se dejaran llevar por fuerzas que no se explicaban ni podían controlar, se insertaron en el nuevo mercado laboral ofertando su fuerza de trabajo con opciones limitadas. Aun así, desde su perspectiva, la llegada de la industria camaronera no significó un retroceso, sino progreso socioeconómico.

Recordemos que los campesinos estaban condicionados por sus formas locales de vida, basadas en la agricultura de temporal, con una economía a medio camino entre el mercantilismo y el autoconsumo, y una técnica agrícola precolonial, muy demandante de esfuerzo físico, de muy pobres rendimientos anuales y, por lo mismo, con escasez de alimentos e ingresos monetarios a lo largo del año. En ese contexto social, el trabajo asalariado en las congeladoras, aunque mal pagado, para la primera generación de hombres y mujeres significó, si no el paraíso laboral, si una mejor opción cotidiana de ingresos monetarios y de otros beneficios sociales:

Dejé el monte cuando mi sobrino Chucho, que ya trabajaba en la congeladora, me ayudó a entrar a trabajar allá: “Tío —me dijo—, no sé esté rompiendo el alma acá; vamos, yo le voy a ayudar a que le den chamba”. Y él me ayudó a entrar a la *Boothfisher* (A. Poot Cauich [n. en 1932], excampesino, exalbañil y exobrero; comunicación personal, 13 de marzo de 2017).

Trabajaba yo la tierra, pero ya me había yo casado, y tenía a mis hijos chicos... y que las enfermedades, y que por aquí y por allá, y necesitaba yo el Seguro Social (IMSS). Y dije: “estaría bueno entrar a la congeladora, me hace falta [el IMSS] cuando se enferman [mis hijos], y campesino que no hay dinero a veces, bueno”. Y me animé, así fue que me animé a entrar a la congeladora” (G. Dzib Vivas [n. en 1936], excampesino y exobrero; comunicación personal, 11 de junio de 2017).

Como mi papá era campesino, y al año venía a ver su cosecha, pues no había lo principal [ingresos económicos]; así que yo me metí a trabajar a la congeladora (M. C. Durán Tun [n. en 1943], ex obrera; comunicación personal, 23 de marzo de 2018).

De esa manera, empleándose por necesidad en las congeladoras, los campesinos —o hijos e hijas de campesinos— entraron a la órbita transnacional de un capitalismo cuyas redes empezaban con la pesca del crustáceo en las aguas de la Sonda de Campeche, y se extendían hasta el mercado y la sociedad de consumo estadounidenses. Se trataba de la organización transnacional estratificada de una industria en la que los inversionistas y el mercado norteamericano dominantes, no solamente se quedaban con las mayores ganancias, sino también imponían las principales condiciones y dinámicas al respecto, como el nivel de la demanda, los precios de compra y la calidad del producto.

La primera crisis de la industria en Ciudad del Carmen, en el año de 1949, muestra ese poderío de los inversionistas norteamericanos no sólo para organizar la actividad y extraer las mayores ganancias, sino para crearla o desaparecerla. A mediados de ese año, cuando se extinguieron los primeros bancos de camarón azul gigante en la Sonda de Campeche, debido a la voraz explotación del producto, empresas y empresarios estadounidenses comenzaron a desaparecer de la isla, evidenciando la volatilidad de sus inversiones. Su retirada provocó una crisis social que se expresó tanto en desempleo, inflación y caída del monto de los salarios, como en la migración forzada de la multitud de personas que ahí se habían congregado por la bonanza inicial de la industria (Álvarez Aguilar, 2009, pp. 77-78, 85-86).

Este repliegue de la inversión directa de empresarios extranjeros en Campeche permitió la formación de planteros y armadores locales y nacionales, que lentamente fueron sustituyendo al empresariado estadounidense, al tiempo que la emigración del capital internacional mostraba la forma e importancia de la participación de otro agente de esta organización transnacional que contribuyó a esa especie de “mexicanización” local de la industria: el gobierno federal. En el marco del nacionalismo mexicano y el Estado intervencionista, la creciente participación del gobierno federal en la pesca, con infraestructura administrativa, regulaciones, impuestos y entrega de la exclusividad de la captura del crustáceo a las cooperativas, contribuyó a disminuir internamente el predominio de los capitales foráneos, aunque sin modificar la extrema dependencia de la industria respecto del mercado norteamericano (Bretón & López, 1989, pp. 240-241, 279).

Esta dependencia influía en el auge o crisis de la actividad en los dos puertos del estado de Campeche y, por tanto, en la magnitud de las ganancias de los planteros y armadores nacionales y locales. No obstante, Leriche (1995, p. 112) estima que de las capturas realizadas, entre 1972 y 1982, por las cooperativas camaroneras a nivel

nacional, los planteros y armadores del país levantaron “una poderosa industria que ingresó divisas superiores a los dos mil millones de dólares”. Por lo contrario, a mediados de los 1970,¹² la participación económica de los cooperativistas de Campeche —los asalariados mejor remunerados de la industria— en los dividendos generados por la exportación apenas llegó al 14%, y no por concesiones de los armadores, sino gracias a su organización local y nacional, y a las intensas luchas que desplegaron en esa década.

En esta estratificación de ingresos y poder, entre 1965 y 1975, los obreros de las congeladoras se ubicaban en el último peldaño, con percepciones incluso menores a las del resto de los asalariados de las demás actividades económicas de la entidad (Leriche, 1995, pp. 138-139). Sus raquícos salarios, las extensas jornadas iniciales sin pago de horas extra y el férreo control y disciplina del trabajo, sólo eran expresiones del ordenamiento transnacional de poder y estatus que hemos descrito.

DESAFÍOS LOCALES AL ORDEN TRANSNACIONAL

Los asalariados lermeros no se integraron a este orden transnacional de dominación y explotación sin resistencia, aunque sus rebeldías finalmente fueron disciplinadas. Tanto en las empresas conexas de la industria (astilleros, varaderos, refaccionarias, etc.), como en las congeladoras, una de las primeras afrentas con la que lidiaron los patriarcas campesinos de Lerma fue la forma radicalmente distinta de organización del trabajo. En las labores campesinas, los padres de familia estaban acostumbrados a ser jefes de su propio trabajo y de la mano de obra de su grupo doméstico. En las congeladoras y las empresas colaterales, tenían que estar bajo las órdenes y vigilancia de un superior. Esas jerarquías de control dieron pie a las primeras inequidades sobre las cuales se inconformaron, aunque de manera individual y desorganizada:

Muchos de los que estaban acostumbrados a trabajar la tierra no aguantaron en las congeladoras. En tu propio trabajo en el campo ¿quién te regaña? Nadie. Y allá no, está el patrón. Y la gente de esos tiempos que no estaba acostumbrada a trabajar en esos lugares [de trabajo asalariado], no les gustaba que los regañen: “¿Por qué me vas a venir a regañar? —decían. Me regreso a mi terreno y ya está”.

Yo conocí a mi tío “Lex”, al finado “Pargo” y a “Musel” que no estaban acostumbrados a trabajar en esos lugares [asalariados], que casi no había. Me contaba mi hermano

¹² Cálculo del autor, a partir del “Acta de las bases de contratación del uso de embarcaciones camaroneras del litoral del Golfo de México”.

“Gerón” que una vez la encargada –porque ya empezaba a haber encargadas– no se acuerda por qué regañó al finado “Pargo”; como también [éste] era poco de [de pocas pulgas] hay se agarran [a discutir] en horas de trabajo. Como “Musel” lo estaba viendo, se acercó como si nada y ¡taz! le dio [un golpe] y la botó... Decía mi hermano “Gerón” [justificando esa acción]: “¿que me regañe una mujer a mí? Ya la amolamos”... Y así fue que mucha gente no se quedaba [en el trabajo asalariado] (G. Dzib Vivas [n. en 1936], excampesino y exobrero, comunicación personal, 29 de marzo de 2019).

No obstante, los “regaños” sólo eran la expresión cotidiana más visible de la coerción de un esquema organizativo más complejo del trabajo, que permitía a los dueños de las congeladoras garantizar el control de la fuerza de trabajo para maximizar sus ganancias.

Cuadro 1

Volúmenes (T) de producción de camarón en los dos puertos pesqueros de Campeche, 1955-1966

Años	Lerma	Ciudad del Carmen	Total
1955	399	6 614	7 013
1956	872	6 980	7 852
1957	1 209	7 260	8 469
1958	1 591	6 636	8 227
1959	1 779	6 192	7 971
1960	2 399	6 237	8 636
1961	2 458	5 502	7 960
1962	2 353	5 044	7 397
1963	3 027	6 236	9 263
1964	3 381	7 094	10 475
1965	3 602	6 676	10 278
1966	3 142	6 578	9 720

Fuente: Galindo, 1967, p. 12.

Foto 1

Obreras de una congeladora de camarón en Lerma, a principios de la década 1970



Fuente: Colección fotográfica particular de Braulio Vázquez Pacab.

Tal ordenamiento consistía de una estructura jerárquica de vigilancia y sujeción, integrada en orden descendente por los dueños, gerentes y encargados. Hacia abajo, esa organización imponía el sometimiento de los obreros a las condiciones de trabajo: el respeto de los horarios de entrada y salida; el cumplimiento de las tareas correspondientes en tiempo, forma y calidad; la aceptación del pago decidido por el patrón y la desactivación de las protestas y rebeldías reales y potenciales. Hasta ahí terminaba la participación de los obreros: sólo aportar su fuerza obediente de trabajo para crear la riqueza para otros. Hacia arriba, ese esquema centralizado le permitía a los dueños organizar todo el proceso de trabajo, industrialización, comercio transnacional, administración y disfrute de las ganancias producidas, y potencialización de su fuerza a través de la conexión con sus pares empresariales, organizados en la Cámara Nacional de la Industria Pesquera (CANAIMPES). La desigualdad en cuanto a ingresos, mando, decisiones e información era consecuencia de dicho orden, que las primeras generaciones de obreros y obreras experimentaron como infamante:

Nos humillaron bastante. Ellos querían que nos aclare [amanezca] trabajando, por una miseria que ganábamos. Nos pagaban una miseria, no nos querían dar aumento de sueldo y nos dejaban castigadas —se decía castigadas porque entras a trabajar a las 7 de la

mañana, y hasta las 7, 8 de la noche no te quieren dejar salir—, ¿y tus hijos? Y nosotras ya estábamos cansadas de eso” (G. Puc Can [n. en 1939], exobrera y exdelegada sindical, comunicación personal, 15 de mayo 2019).

Pero ese orden asimétrico y autoritario —generalizado a todas las congeladoras de Lerma— no se mantuvo sin desafíos; por lo contrario, las inconformidades individuales condujeron a los primeros intentos de organización obrera que culminaron en la formación del Sindicato del Hielo, Congeladoras y Similares, a finales de la década de 1960. En la medida en que la vigilancia y las reprensiones no sólo constituían una expresión de las asimetrías sociales, sino también de los dispositivos de individualización (Foucault, 2004, p. 222), es decir, de “paredes” para aislar políticamente a los trabajadores e impedir la construcción de relaciones horizontales y solidaridades de grupo al interior de las congeladoras, la organización del sindicato tuvo que realizarse fuera:

El Sindicato de Congeladoras se formó cuando nosotros decíamos: “¿y todo el tiempo vamos a estar así? En ese tiempo estaban [de líderes] Mauro, Don Lauro Paat, uno que le decían “Chomac”, “El Güero Solís” —que no hace tiempo que murió—, Fernanda Sánchez y Sandra Rejón, [estas últimas] de [la ciudad de] Campeche. Todas esas mujeres trabajaban con nosotros y dijeron “¡vamos a formar un sindicato!”. Y empezamos a luchar. Y nos fuimos a un lugar que se llamaba “Los Altos de la Perla” [en la ciudad de Campeche]. En “La Perla, hacíamos nuestras reuniones” (G. Puc Can [n. en 1939], exdelegada sindical de la congeladora Macorsa, comunicación personal, 15 de mayo de 2019).

No obstante, si bien el sindicato permitió a los trabajadores construir una fuerza política de más de mil asalariados, entre las diez congeladoras de Lerma, que aparentemente nivelaría las relaciones productivas y podría romper el orden laboral dominante, el hecho de contar con un delegado para la defensa de los trabajadores en cada empresa, firmar contratos colectivos como sindicato con cada una de las congeladoras, tener una jornada laboral fija de ocho horas, con pago de horas extra y días festivos, entre otros beneficios, también contuvo las inconformidades, desalentó las luchas y manipuló las huelgas. En todo ello influyó tanto la organización sindical, extremadamente vertical y centralizada, que convertía al secretario general en la personificación misma del sindicato, como el hecho de que éste naciera bajo la tutela del

entonces partido oficial –Partido Revolucionario Institucional/PRI– y del gobierno del Estado.¹³

Hablamos con los “macizos” del PRI, de los priistas. “El Negro Sansores” [en ese tiempo gobernador del Estado, 1967-1973], papá de Layda Sansores, fue el que nos donó un terreno. Y los mismos priistas nos ayudaron a levantar el Sindicato (...) El Güero Solís fue un líder sindical, pero nunca trabajó [en la congeladora]; él tenía cargo en el gobierno. Cuando nos donaron el terreno y se formó el Sindicato, nos dieron sillas, nos dieron ventiladores, nos dieron ocho máquinas de coser. El gobierno nos lo dio; en ese tiempo nos apoyaba bastante (G. Puc Can [n. en 1939] exdelegada sindical de la congeladora Macorsa, comunicación personal, 15 de mayo de 2019).

Eran tiempos del corporativismo priista y del estado de bienestar centralizado y paternalista, que incorporaba a todos los obreros organizados a la Confederación de Trabajadores de México (CTM), un sector de la estructura del partido oficial, no tanto para apoyar sus luchas, sino para controlarlas y crear las condiciones de estabilidad para la industrialización del país (Garrido, 1990, pp. 53, 56-59); en otras palabras, para el desarrollo del capital nacional. Estos dos mecanismos de control –la centralización organizativa del sindicato y la tutela sobre éste de las estructuras corporativas y gubernamentales– operaban cotidianamente en el accionar del sindicato, aunque sus efectos de contención de las demandas obreras se volvían más evidentes para los trabajadores durante los conflictos sindicales. La delegada sindical de la congeladora Macorsa identificó perfectamente el primer mecanismo durante una huelga, por aumento salarial, a finales de la década de 1970:

Ves que viene el secretario general con sus papeles y se mete [a la congeladora] con el patrón, con el dueño, y nosotros afuera. Luego, que hay una junta [en el sindicato] y ahí nos vamos: “que el patrón aquí, que el patrón allá, que ustedes tienen que trabajar y al que no le convenga, pues ya lo sabe” –dice [el secretario general, en tono de

¹³ Ambos aspectos eran parte del mismo proceso de formación del Estado y sus interrelaciones con el fomento del capital. La creación del partido oficial, en 1929, obedecía a un triple propósito de la facción revolucionaria triunfante: controlar a los caudillos y jefes militares regionales y nacionales, neutralizar las demandas de los grupos populares que habían participado en la Revolución y, en respuesta a éstos, centralizar el Estado mexicano, mediante el fortalecimiento del presidencialismo: todo como condición de estabilidad para reorganizar la economía nacional. A Calles, le permitió neutralizar a los caudillos regionales y jefes militares, y a Cárdenas, derrocar al “Jefe Máximo” e instituir la autoridad presidencial (Dzib Can, 2007, pp. 17-19). Mientras tanto, la estructura piramidal del partido y la integración corporativa de los trabajadores contribuyeron a evitar la organización independiente de los grupos sociales. Y cuando las demandas de apertura y democracia amenazaron con desbordar el control del partido en 1948, la represión de Estado inauguró violentamente el “charrismo” sindical, caracterizado por organizaciones centralizadas, dirigentes vitalicios y subordinación al Estado y al partido oficial (Garrido, 1990, p. 56). En este caso, asistimos a la imposición de una estructura vertical y asimétrica al interior del sindicalismo mexicano, no a partir de la emulación (Tilly, 2000), sino de la fuerza y las relaciones de poder.

amenaza]”. (G. Puc Can [n. en 1939], exdelegada sindical de la congeladora Macorsa, comunicación personal, 1 de mayo de 2019).

El segundo mecanismo se le precisó, durante la firma de un contrato colectivo de trabajo, a un secretario general del sindicato que, a fines de la década de 1980, luchaba por un incremento salarial junto a los obreros de la Congeladora Peninsular. Presionado por sus agremiados, inicialmente el secretario Idelfio pedía al patrón un 50% de aumento salarial, mientras que éste sólo estaba dispuesto a otorgar un 5%. Cuando, en una asamblea, Idelfio planteó a los trabajadores la posición del empresario, éstos acordaron que si aquél no les concedía, aunque fuera el 20%, irían a la huelga:

Levanté el acta, y primero fui a la CTM y me dijeron: “Estás en tu deber. No’ más que fijate lo que haces, no te vayas a meter en cosas recias, porque no te vas a poder defender”. Ahí me di cuenta cómo son las autoridades, mano. Fui con Rafael Ruiz [el dueño] y le dije: “Sabe qué, don Rafael, vamos a entendernos”. “¡Ya te dije que no te doy más!” “¡Pues vamos a la huelga! —le digo”. “Lo que tú digas —me dice—, pero si se llega a perder esta cantidad de camarón que tengo embodegado, por tu causa, te empujo al bote”. ¡A su madre! [expresión de susto del entrevistado]. Como son millonarios ellos, pero un pobre: ¿cómo te vas a defender? Entonces regresé a la CTM y les dije que iríamos a huelga. ¿Qué crees que me dijo el abogado de la CTM?, de la CTM, los jefes: “¡No te metas en pendejadas! Todos han trabajado así —me dice—, ¡no te vayas a meter en tonteras, mejor aquíétate! (...) Lo más que te pueden dar son 8%; más no te pueden dar, así que tú lo sabes”. Entonces le informé a la gente y todo: “¡Cómo es posible!, creo que ya te vendiste”, y que por aquí y por allá [le contestó la gente]. Y les digo: “Pues no se puede más. El que no quiera trabajar, que no vaya. Ahora, por su liquidación, pues veremos cómo nos vamos a entender, pero no quieren dar más”. Pues así se quedó, me dieron el 8%, y la gente poco a poco se tranquilizó. Pues sí, así se había estado manejando todo el tiempo, no’ más que yo quise pedir mucho, pero no se pudo.

En el relato del secretario general, es evidente cómo se conjugaban el tutelaje de la CTM y su colaboración con los patrones para regresar al orden al sindicato, no obstante las resistencias iniciales del representante sindical y de sus bases gremiales. Los dos mecanismos de control sobre el sindicato —verticalismo organizativo y subordinación por alianza entre patrones y central obrera oficial— revelan en qué medida el sindicato estaba siendo producido en el marco del predominio de condiciones de producción de lógicas organizativas disciplinarias. De esa manera, la producción de la organización sindical de lucha de los trabajadores, como parte del orden social constituido por dinámicas de formación del Estado y del capital, transformaba al sindicato en un espacio de disciplina y control de los obreros.

EL CONTROL POLÍTICO CORPORATIVO Y SOCIAL DE LOS OBREROS

La formación disciplinada de la clase trabajadora, en la nueva sociedad capitalista emergente, terminó por redondearse con la constitución del espacio de participación política corporativa, como parte de los procesos de formación del Estado interventor en Campeche. Recordemos que, en los años cuarenta y cincuenta, el Estado posrevolucionario en construcción todavía tenía una presencia débil y fragmentaria en la zona. La reforma agraria sólo había llegado a la entidad como constitución de ejidos, sin apoyos crediticios ni técnicos, dada la exclusión de la entidad de los planes de desarrollo nacional (Uc Valencia, 2003, pp. 108-109, 127-128). En esas condiciones, la clase política gubernamental de la entidad no había podido consolidar el establecimiento de las oficinas federales para apoyar la agricultura.

Además, como forma organizativa, el ejido no concitaba interés para los agricultores, pues no era relevante para acceder al uso del suelo en una entidad con baja población¹⁴ y amplias extensiones ociosas, tanto nacionales como de particulares (Dzib Can, 2014, pp. 123-126). En ese contexto, la técnica agrícola precolombina de roza, tumba y quema del monte demandaba amplias extensiones de suelo, dado que los campesinos sólo podían mantenerse trabajando en un área durante tres años consecutivos, antes de que ésta perdiera su fertilidad; después, tenían que abandonarla y esperar 15 años a que se reforestara y recuperara su feracidad, por eso, los pequeños agricultores –con membrecía ejidal o sin ella– siempre andaban en búsqueda de nuevas tierras, tanto dentro del ejido, como en las tierras ociosas de otros. Este sistema y la cultura de trabajo que habían fomentado durante siglos, hacían inapropiada tanto la división interna del ejido en parcelas individuales, como la circunscripción de la agricultura a los límites del ejido. Esta forma de organización del trabajo en la que el ejido resultaba irrelevante como medio para acceder a la tierra y a créditos, y en la que la mayoría de los agricultores –con membrecía ejidal o sin ella– abandonaba el poblado durante largos meses, tumbando montes en otros ejidos o en tierras nacionales ociosas, habían impedido también que el ejido se convirtiera en un medio a través del cual el Estado construyera su dominio paternalista sobre los hombres del campo, como en otras regiones del país.

Una situación análoga ocurría con la comisaría municipal, la otra institución local de gobierno dependiente de los ayuntamientos, que debería abocarse a la administración del orden público y la dotación de servicios y obras a la población (Dzib Can, 2014, pp. 195-196). Como en otras partes de Campeche y del país, estos órganos de gobierno carecían de recursos para operar, debido a la centralización del presupuesto público en el gobierno federal (Zendejas, 2003, pp. 249-251). Los ayuntamientos empezarían a jugar

¹⁴ Entre 1850 y 1940, la entidad no pudo alcanzar la suma de dos habitantes por kilómetro cuadrado, ubicándose en el lugar 29 por su densidad de población, de mayor a menor, sólo por encima de Baja California Norte, Baja California Sur y Quintana Roo (INEGI, 1999, p. 16).

un papel político y económico más relevante en la entidad desde principios de 1980, a partir de las políticas de descentralización administrativa y fiscal, que promoverían modificaciones sucesivas al artículo 115 constitucional. Tales políticas otorgarían atribuciones y recursos a los municipios para intervenir en las localidades bajo su jurisdicción, y usar sus nuevas facultades para construir bases clientelares de apoyo a contiendas político-electorales por niveles de gobierno (Dzib Can, 2019, pp. 157-159). Entre tanto, las comisarías municipales –sin recursos económicos, como las ejidales– eran figuras casi decorativas en Lerma; sólo servían para alimentar el ego de los minúsculos grupos políticos que se lo disputaban mediante el esfuerzo de construcción de relaciones subalternas con la clase política de la ciudad capital.¹⁵

Sin embargo, mientras el ejido y la comisaría municipal, en tanto instituciones locales de gobierno, estaban muy limitadas para el control político y la movilización disciplinada de las poblaciones campesinas desde la década de 1960, las congeladoras y el sindicato de trabajadores emergieron como instituciones capaces de jugar ese papel con eficacia. En la medida que, en Campeche –como en otras regiones del país–, los grupos político y empresarial históricamente han formado parte de las mismas familias y clase social dominante (Dzib Can, 2014, pp. 177-179; Vadillo, 2000, pp. 71-74), a partir de su complementariedad de intereses, también colaboraron para producir obreros y obreras como sujetos políticos subalternos, seguidores del partido oficial y de la gubernatura de la entidad, aunque no fuesen militantes partidistas: los patronos pagaban a los trabajadores su día para que éstos acudieran, cual masas políticas, a eventos partidistas y oficiales: mítines de candidatos presidenciales y a la gubernatura, y rituales oficiales: desfiles del 1º de mayo y 20 de noviembre, y conmemoraciones de fechas cívicas (G. Dzib Vivas y G. Puc Can, comunicación personal, 29 de marzo y 15 de mayo de 2019, respectivamente).

La participación política de masas, regulada, subalterna, corporativa, fue construida interactivamente con las asimetrías de clase. Las desigualdades de clase en la industria del camarón coadyuvaron a producir espacios controlados de participación política partidista y sindical; estos últimos espacios contribuyeron, a su vez, a la formación de obreros políticamente disciplinados, pero productivamente útiles en las congeladoras, sujetos subalternos a la clase política y respetuosos del orden en la sociedad

¹⁵ Un excampesino y exobrero de la *Boofisheries* lo veía de esta manera: “Los líderes de esos tiempos [en la comisaría municipal] no eran campesinos; algunos tenían sus tienditas y otros trabajaban en el gobierno. Ellos sí sabían leer, pero no era necesario que supieran leer tanto, sino tenían amistades, por ejemplo, los ayudantes del gobernador. Y estos los ayudaban porque [los de aquí] conocían de los problemas como comisario, y ellos [los del gobierno] mangoneaban para que atiendan aquí” (G. Dzib Vivas [n. en 1936], excampesino y exobrero, comunicación personal, 29 de marzo de 2019). Esta misma forma de hacer política para el control de la institución de gobierno municipal fue registrada en Sabancuy por los mismos años (Dzib Can, 2014, pp. 103-195).

local y de las posiciones en las que vivían. Las luchas de los obreros fueron sindicales, pero éstas no constituían su vida cotidiana: fueron espaciadas hasta los periodos de firma de contratos colectivos, cada dos años, y usualmente sólo quedaron en amenazas, desmontadas con la complicidad de dirigentes sindicales aliados con los patrones y la CTM.

Entre 1950 y 1980, los procesos interrelacionados de formación del Estado y del capitalismo produjeron sujetos políticos con desigualdades de clase en la región, o, quizás, más exactamente, la jerarquía política corporativa fue resultado de las apropiaciones dispares de los procesos de formación del Estado y del capital, por parte tanto de las élites político-empresariales dirigentes como de los obreros de las congeladoras –productores y producidos en dichos procesos. Esto representa la cara política de la construcción de desigualdades sociales en condiciones de producción conjunta del Estado y del capital; dicho de otro modo, tal tipo de asimetría constituyó una de las formas de expresión en el terreno político de las disparidades de clase entre los grupos sociales; más exactamente, representó uno de los modos en que se organizó, en el terreno político, la participación asimétrica de grupos sociales con desigualdades de clase. Así, las relaciones jerárquicas corporativas devinieron uno de los rostros que adquirió, en el terreno político, la construcción del dominio de clase en la era del estado de bienestar, antes de la consolidación del pluripartidismo en el país.

DISCUSIÓN FINAL

En este artículo, hemos expuesto el proceso histórico de construcción de la industria camaronera en Lerma, Campeche, y, como parte de dicho proceso, la transformación de los lermeros de campesinos de subsistencia a obreros de las congeladoras de mariscos. Este cambio significó la mutación de un mundo rural basado en la agricultura de temporal, a medio camino entre la autosuficiencia y la producción mercantil, con trabajo solidario no remunerado de los miembros de la familia, a una sociedad local industrializada, capitalista, con trabajo asalariado e integrada subalternamente al Estado-nación. De esas mudanzas, nos concentramos en la constitución de varios espacios sociales emergentes entrelazados, cuyos procesos de ordenamiento han enfatizado la producción de jerarquías y desigualdades entre los grupos: la organización transnacional de la industria camaronera, las congeladoras, el sindicato y la participación política corporativa. En esos espacios, los campesinos fueron constituyéndose y siendo constituidos como obreros explotados, dóciles sindicalizados y masas políticas corporativamente disciplinadas. En otras palabras, las desigualdades producidas no sólo

fueron económicas, políticas o de clase, recíprocamente aisladas entre sí, sino todas ellas complejamente entrelazadas y mutuamente constituidas.

Tales procesos de formación social no sólo han enfatizado la producción de espacios jerarquizados, sino también han socavado mundos solidarios preexistentes, como el campesino, basado en el trabajo y la distribución colectiva de la producción entre los miembros del grupo doméstico. Incluso, cuando los grupos sociales han construido sus propias instituciones —el sindicato de congeladoras, por ejemplo—, generalmente su dinámica organizativa ha priorizado la verticalización, y ésta ha sido modelada por las poderosas fuerzas gravitacionales de las instituciones, ideologías, relaciones jerárquicas, prácticas de dominación y, en general, por las condiciones prevalecientes de organización y producción de desigualdades. Las disparidades no han constituido anomalías o accidentes en los procesos de producción de los ordenamientos sociales, sino lógicas intrínsecas de las dinámicas de construcción social, impulsadas por los procesos de producción recíproca del Estado y el capitalismo, principales epicentros de formación de las sociedades modernas.

En suma, esta propuesta no invita a poner atención a los efectos de las desigualdades —llámese redistribución de los productos de la riqueza social— o a sus supuestos mecanismos productores, como la explotación y el acaparamiento de oportunidades (Reygadas, 2004, pp. 92-93). Por lo contrario, sugiere profundizar en el estudio de las relaciones sociales, en tanto nodos básicos a través de los cuales se han estructurado los ordenamientos sociales que han posibilitado la explotación, el acaparamiento de oportunidades y la producción de ideologías y prácticas de exclusión, así como de instituciones disciplinarias y sujetos jerarquizados; en pocas palabras, condiciones y lógicas de dominación y subordinación. Invita a concentrarse en el estudio de la producción de relaciones sociales y su papel en la construcción del dominio social. Implica una crítica profunda a los modelos predominantes de ordenamiento de nuestras sociedades y comenzar a prestar atención a la experiencia, por ahora marginal, de grupos sociales organizados que están proponiendo y ensayando modelos de convivencia basados en relaciones más solidarias.

REFERENCIAS

- ÁLVAREZ AGUILAR, L. F. (2009). *La industria camaronera: descubrimiento, auge y depresión*. México: Unicremix.
- BOURDIEU, P. (1990). Espacio social y génesis de las clases. En *Sociología y Cultura* (pp. 281-310). México: Grijalbo.

- BRETÓN, Y. D. & LÓPEZ ESTRADA, E. (1989). *Ciencias Sociales y desarrollo de las pesquerías. Modelos y métodos aplicados al caso de México*. México: INAH, Secretaría de Pesca, CONACULTA.
- CALLON, M. & LATOUR, B. (1981). Unscrewing the Big Leviathan, or How Actors Macro-Structure Reality and How Sociologist Help Them To Do So. En KNORR-CETINA, K. D. & CICOUREL, A. (Eds.), *Advances in Social Theory and Methodology. Towards an Integration of Macro and Micro Sociologies* (pp. 277-303). Londres: Routledge and Kegan Paul.
- COMAROFF, J. & COMAROFF, J. (1992). *Ethnography and the Historical Imagination*. Boulder: Westview Press.
- CORRIGAN, P. & SAYER, D. (2007 [1985]). *El gran arco: la formación del Estado inglés como revolución cultural*. "Introducción y postdata". En LAGOS, M. L. & CALLA, P. (comps.), *Antropología del Estado. Dominación y prácticas contestatarias en América Latina*, pp. 39-116. La Paz: Instituto Nacional de Derechos Humanos/Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo.
- DE LA PEÑA, M. T. (1942). *Campeche Económico; T. II*. México: Gobierno del Estado de Campeche.
- DZIB CAN, U. (2019). Estado, capitalismo y comunidades rurales. Procesos de producción de desigualdades sociales en Campeche, México. *Desacatos*, 59, pp. 148-165.
- DZIB CAN, U. (2014). *Patriarcado, clase y poder: procesos de producción de igualdades y disparidades sociales en Sabancuy, Campeche, 1940-2010*. México: Secretaría de Cultura del Estado de Campeche.
- DZIB CAN, U. (2010). Economía y población en el estado de Campeche, 1940-2007. *Bicentenario Campeche*, 1(3), pp. 51-60.
- DZIB CAN, U. (2007). *PRI, élites y fresas. Los desafíos del PRI municipal en la era de la transición a la democracia (Jacona, Mich. 1960-2001)*. México: El Colegio de Michoacán.
- FOUCAULT, M. (2004 [1976]). *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*. México: Siglo XXI Editores.
- FOUCAULT, M. (2002). *Historia de la sexualidad, T. 1. La voluntad de saber*. México: Siglo XXI Editores.
- FOUCAULT, M. (1988). El sujeto y el poder. *Revista Mexicana de Sociología*, 50(3), pp. 3-20. Recuperado de <https://cutt.ly/OknTYS7>.

- Galindo, A. (1967). Panorama de la situación pesquera en el estado de Campeche. Fondo: Fomento; Sección: Pesca; Serie: Discursos y Ponencias; Asunto: Estudio sobre la pesca en el estado de Campeche; Caja 19, Exp.1. Archivo General del Estado de Campeche.
- GARRIDO, L. J. (1990). El PRI o la democracia imposible. En ALONSO, J. & SÁNCHEZ, S. (coords.), *Democracia emergente y partidos políticos* (pp. 39-72). México: CIESAS-Cuadernos de la Casa Chata, 180.
- GARZA VILLARREAL, G. (2005 [2003]). *La urbanización en México en el siglo XX*. México: El Colegio de México.
- HARVEY, D. (1998 [1990]). *La condición de la posmodernidad. Investigación sobre los orígenes del cambio cultural*. Buenos Aires: Amorrortu.
- IBARRA, D. (1942). *Tres cultivos de importancia económica para Campeche*. México: Gobierno Constitucional de Estado de Campeche.
- INDUSTRIA PESQUERA DEL ESTADO DE CAMPECHE (1970). Fondo: Fomento. Sección: Pesca. Serie: Discursos y Ponencias. Asunto: Ponencia presentada a consideración de la Asamblea Popular de Desarrollo Estatal con motivo de la visita del candidato a la presidencia de la república. Caja 19. Exp.4. Archivo General del Estado de Campeche.
- INEGI. (1999). *Estadísticas Históricas de México, T. I*. México.
- LAW, J. (1994). *Organizing modernity*. Oxford U.K. and Cambridge: Blackwell.
- LERICHE, L. F. (1995). *Isla del Carmen: la historia indecisa de un puerto exportador. El caso de la industria camaronesa, 1947-1982*. México: Gobierno del Estado de Campeche, UNACAR, Instituto de Cultura.
- MARCIAL GUTIÉRREZ, S. T. (2005). *Lerma. Un encanto costero*. México: Instituto de Cultura de Campeche.
- MARX, K. (1983-1990): *El capital*. Trad. J. Moners. Barcelona: Edicions 62.
- MEIKSINS WOOD, E. (1983). El concepto de clase en E.P. Thompson. *Cuadernos Políticos*, 36, pp. 87-105. México: Ediciones Era. Recuperado de <https://n9.cl/0917>.
- PACHECO L, S. (1942). Estudio sanitario del pueblo de Lerma, Camp; Tesis de Licenciatura de la Facultad de Medicina; México: UNAM.
- REYGADAS, L. (2004). Más allá de la clase, la etnia y el género: acciones frente a diversas formas de desigualdad en América Latina. *Alteridades* 14 (28), pp. 91-106.
- SAYER, D. (2002 [1994]). Formas cotidianas de formación del estado: algunos comentarios disidentes acerca de la hegemonía. En JOSEPH, G. & NUGENT, D.,

- Aspectos cotidianos de la formación del estado. La revolución y la negociación del mando en el México Moderno* (pp. 227-238). México: Ediciones Era.
- SCOTT, J. (1985). *Weapons of the weak. Everyday forms of peasants resistance*. New Haven: Yale University Press.
- TILLY, C. (2000). *La desigualdad persistente*. Buenos Aires: Manantial.
- UC VALENCIA, J. (coord.) (2003). De la revolución a la época moderna, 1911-1961. *Enciclopedia Histórica de Campeche T. IV*. México: Gobierno del Estado-Miguel Ángel Porrúa.
- VADILLO, C. (2000). *Campeche. Sociedad, economía, política, cultura*. México: UNAM.
- ZENDEJAS, S. (2003). *Política local y formación del Estado. Procesos históricos de formación de espacios y sujetos sociales en un municipio rural mexicano, 1914-1998*. Tesis de doctorado. Wageningen: Wageningen Universiteit.